

Reseña del libro de Juan José Marín Hernández. Prostitución, honor y cambio cultural en la provincia de San José de Costa Rica: 1860-1949. 1.ed. San José, C.R.: Editorial UCR, 2007

Mauricio Menjívar Ochoa¹

Quisiera anotar en esta reseña de Prostitución, honor y cambio cultural en la provincia de San José de Costa Rica, del historiador costarricense y Premio Nacional de Historia, Juan José Marín Hernández, cuatro grandes aspectos por los cuales el libro adquiere gran relevancia para la historiografía costarricense. En primer lugar, y aunque el título apunta a que el foco primario de atención es el de la prostitución, es claro que el libro es un aporte de gran relevancia para el desarrollo de una historia sobre la evolución del control social en Costa Rica. Para ello, el

autor reconstruye el proceso de conformación de las instituciones de control social gestadas por distintos agentes que impulsaron el proyecto liberal. Desarrollando una aproximación desde arriba, desde la elite liberal, el libro recrea los mecanismos institucionales de un proyecto que necesita dominar todos los espacios geográficos del país. El desarrollo y consolidación de la normativa legal del cuerpo policial, de la comunidad médica, entre otros, son parte de este proceso de estructuración de una red nacional de control social.

Sin embargo, el proyecto de

1 Investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) y profesor de la Escuela de Estudios Generales, ambas de la Universidad de Costa Rica.
Correo electrónico: mauricio.menjivar@gmail.com.

dominación es un proyecto que requiere controlar las formas de pensar, las prácticas, así como los cuerpos mismos de los individuos que conforman los heterogéneos y policromáticos sectores populares del país. Efectivamente, costumbres y formas de pensar de los sectores populares, son castigadas sometiendo el cuerpo. Es esta la vía de actuación sobre la moralidad y el delito punibles desde la propia visión de mundo de la ética burguesa, como nos hace ver el autor.

Siguiendo esta línea, un segundo elemento de gran relevancia es la comprensión de la mentalidad de la burguesía liberal al respecto de los sectores populares, así como de los ideales de la moralidad, de lo que es sujeto de ser castigado o “morigerado” y de los castigos que deben ser aplicados. Esto lo logra el autor a partir de un minucioso análisis del proceso de “etiquetamiento social”, eje de gran importancia que cruza el análisis del libro.

Sin duda alguna, otro de los grandes aciertos de la investigación de Marín Hernández es el cuidado por evidenciar las fracturas, incoherencias y debilidades de este proyecto de control social que, en ocasiones, pareciera ser totalizante y avasallador. Ello lo logra el autor, no sólo analizando

leyes y decretos, memorias, estadísticas y discursos, sino entrando en la lógica de la acción de los propios sujetos sociales a partir de una cuidadosa revisión de expedientes judiciales. Ello devela las incoherencias y contradicciones de los mismos ejecutores del proyecto liberal en su interacción con los sectores a los cuales se dirige el control.

Y aquí se encuentra, precisamente, un tercer elemento de gran pertinencia en el análisis del autor y es el interés por entender cómo los sectores populares se articularon, se apropiaron o resistieron a este proyecto de dominación. La propuesta de Marín Hernández, buena heredera de la historia cultural, no escatima en recursos para evidenciar que los de abajo no son meros reservorios del proyecto liberal, como a veces pareciera desprenderse de ciertas lecturas sobre la manera en que las imágenes sobre la Nación son decantadas de arriba hacia abajo. Por el contrario, rescatando la palabra de tales sujetos, el autor evidencia cómo los sectores populares se apropiaron de algunos mecanismos institucionales y los hicieron valer para sus propios intereses. También participaron de las instituciones, cuando coincidieron con sus intereses o visión de mundo; la censura y condena de las mujeres en prostitución es

un claro ejemplo. Pero también recrearon la institucionalidad o encontraron caminos para transgredirla cuando atentó contra ellos mismos. En este sentido, muchas de estas mujeres lograron esquivar el control sobre sus proyectos de vida y sobre sus cuerpos, aún a costa de sus cuerpos mismos. El soborno a los funcionarios es uno de los escenarios posibles que nos presenta el libro. Pero las redes de solidaridad comunales, que dieron soporte a las mismas mujeres en prostitución, son claro ejemplo de una forma de resistencia popular.

El cuarto y último elemento que quisiera destacar del libro, es su gran aporte a la historia de las relaciones de género. Si bien es cierto que no es su propósito explícito, el autor sin duda contribuye a entender la forma en que la burguesía liberal, en su proceso de construcción de la institucionalidad estatal, contribuyó a modelar las concepciones sobre la sexualidad de hombres y mujeres. A través del prisma de la prostitución, el autor analiza las formas en que se construyeron los ideales de feminidad burguesa que correspondían a las mujeres “honestas”, y que estaban centrados en el matrimonio y en la sexualidad. Al analizar el etiquetamiento social y las penas que recaían sobre las “mujeres viciosas”, “concubinas”, “rameras” y demás, muestra los

parámetros de moralidad burguesa que pretendían controlar y morigerar la sexualidad desde una perspectiva andro-céntrica. Esto por una parte. Por otra parte, devela a un Estado proxeneta, regido por parámetros igualmente andro-céntricos, que al tiempo que “retrae a las mujeres del poder y de la administración pública para consagrarla al hogar”; crea espacios de “tolerancia” para que los varones hagan uso de los servicios de las mujeres en prostitución. Estas y otras múltiples razones, hacen de esta una investigación seria y que invita a la lectura.

Adicionalmente, el libro suscita diversas interrogantes al respecto de varios supuestos analíticos utilizados dentro de la historiografía. A riesgo de simplificar podría decirse que, comúnmente, se parte de un supuesto compuesto de tres partes. Primero, se suele hacer una distinción entre arriba y abajo, es decir, entre burguesía/oligarquía y sectores populares.

Segundo, se suele aceptar que, desde arriba, se desarrollan modelos de dominación que se tratan de imponer a los de abajo, de acuerdo con los propios intereses y concepciones de mundo de las clases dominantes. Para esto se suelen estudiar las leyes y decretos, las memorias, y otros documentos producidos por las elites.

Tercero, lo que pasa abajo puede variar, dependiendo de la perspectiva. En algunas perspectivas historiográficas, los de abajo aceptan lo que les viene desde arriba. Por lo general, estas aproximaciones poco se preocupan por estudiar fuentes que acerquen a la vivencia cotidiana de los dominados. En perspectivas muchísimo más sofisticadas, los de abajo aceptan, impugnan y también inciden en este proyecto de dominación en tanto no lo reciben pasivamente, como es el caso de Marín Hernández. Entonces, se producen espacios de confluencia de lo formal y lo informal, pero también de conflicto y contradicción. Para este análisis se suele recurrir a documentos que aproximan a la cotidianidad de los de abajo, aún cuando, como es el caso de los expedientes judiciales, están muy mediatizados por la burocracia que forma parte, al menos hasta cierto punto, de las redes de control de los de arriba.

Ahora bien, y pensando particularmente desde la perspectiva de las concepciones o mentalidades de género, ¿hasta que punto resulta posible seguir este esquema analítico cuando, según podríamos hipotetizar, unos y otros comparten un sustrato cultural común? En el caso presentado por Marín Hernández, el sustrato cultural es el androcentrismo.

Este sustrato común puede observarse en el Estado proxeneta, un Estado permisivo e impulsado por una elite masculina que comparte los mismos valores de las clases populares al respecto de la prostitución. De ahí el miedo a las infecciones de transmisión sexual que cundió entre dicha elite, como bien apunta el autor. O, de ahí también, que los funcionarios encargados de regular y controlar a las mujeres en prostitución abusaran de su poder, ya sea requiriendo “favores sexuales” o aceptando sobornos.

Sin duda, esta es sólo la punta del iceberg, pues hay valores socialmente compartidos por diferentes clases sociales al respecto de aspectos clave como el ejercicio del poder de hombres sobre mujeres, la proveeduría, la moralidad, la sexualidad, etc. Hombres y mujeres compartieron –y comparten- este tipo de concepciones y prácticas. Son ejes transversales de la cultura que, ciertamente, pueden tener ajustes y variaciones de un sector social a otro, dependiendo de los intereses, el acceso al conocimiento, etc.

Así pues, cabría preguntarse ante lo dicho, ¿en que medida podríamos hablar de un sustrato cultural común y proponer que lo que hace la elite al impulsar leyes, decretos, e instancias de poder, no

es otra cosa que institucionalizar dicho sustrato androcéntrico, sin que ello signifique oposición y disenso con los de abajo? Es decir: ¿hasta que punto no se trata únicamente de la concreción de un proyecto liberal sino de un proyecto de dominación androcéntrico más amplio? Y, entonces: ¿hasta que punto en materia de género se instituye, no una determinada visión de mundo, que hemos llamado liberal, sino una visión, hasta cierto punto común, al respecto de las relaciones entre hombres y mujeres?

Estas interrogantes sin duda que deben ser matizadas en cada momento. Es claro que con el avance de las concepciones modernizantes y científicas como la medicina, el gremio médico desplazó a las comadronas y a un conocimiento que gozaba de legitimidad. Como este podrían encontrarse otros ejemplos brindados por el autor, al respecto de la contraposición entre elites y sectores populares.

En todo caso, es una interrogante crucial para la historia de las relaciones de género, que nos abre el para nada maniqueo análisis realizado por Marín Hernández. Se trata de un análisis que invita a ver la complejidad y lo contradictorio de las relaciones sociales del período liberal costarricense.